

# Necesitamos otra lógica económica

En esta pequeña reflexión me voy a apoyar en dos hechos recientes: la huelga de pilotos de Iberia y la donación multimillonaria de Warren Buffet, para reforzar algunas de las líneas propuestas desde las iniciativas de economía de participación y desde la línea de la economía de la solidaridad, pasándolas por mi tamiz personal. En cualquier caso, si algún lector tiene interés por profundizar un poco más en estos temas puede leer el librito "Camino de la economía de la solidaridad". Al final de este texto añado un mail de contacto por si alguien, además de los pilotos de Iberia, Melinda y Bill Gates o Warren Buffet, queréis hacer algún comentario más amigable.

## Cuando falta el sentido social

Cada vez que en este país colectivos como el de los pilotos o los parlamentarios reivindican mejoras en su status raramente consiguen el apoyo, y mucho menos la simpatía, de la ciudadanía. Recientemente hemos asistido a la última huelga de pilotos de Iberia. La razón que han argumentado para la misma ha sido la amenaza que para sus puestos de trabajo podría suponer la puesta en marcha, para el primer trimestre del año que viene, de una línea de bajo coste, Catair, en la que Iberia participa como socio.

En principio, cualquier colectivo que en los tiempos de precarización en que vivimos se ponga en pie para oponerse a iniciativas empresariales que puedan suponer reducción de derechos laborales por razones de reducción de costes, cuenta, casi a priori, con la simpatía de una buena parte del mundo del trabajo. Y en nuestro caso el colectivo de pilotos podía sentirse en una situación similar ante la iniciativa de la empresa, entonces la

pregunta es ¿qué ha ocurrido para que la opinión pública casi de forma mayoritaria haya entregado su apoyo a la patronal de una gran empresa en vez de al colectivo de trabajadores?, ¿tal vez estamos ante una patronal con sentido revolucionario?, ¿tal vez el gran público esté anteponiendo sus intereses como consumidores sabiendo que el billete le puede salir más

barato con la nueva compañía y no tenga la sensibilidad suficiente para solidarizarse con los colectivos que se puedan ver afectados por estas medidas? Parece ser que los tiros no van por esos derroteros precisamente, más bien hay que atribuir estas reacciones a los propios "méritos" del colectivo de pilotos.

A la opinión pública no se le escapa que tienen una situación de fuerza que pocos colectivos de trabajadores pueden llegar ni a soñar. Bastó hacer pública su amenaza de huelga para que las acciones de la empresa cayeran casi dos puntos en Bolsa y 60.000 de las 200.000 reservas de vuelo se vieran canceladas. Pero que un colectivo tenga fuerza para poder negociar no es en sí mismo algo negativo, de hecho, la huelga suele ser una herramienta para recordar a los empresarios la existencia de esa fuerza que, habitualmente, por fragmentada parece no existir.

Sin embargo, ha habido algunos hechos y datos claves que han despertado la indignación de la gente más allá de los perjuicios provocados a miles y miles de viajeros. Esos hechos han sido:

- En la etapa de negociaciones plantearon a la empresa que asegurara sus puestos de trabajos hasta su jubilación y que lo hiciera mediante aval bancario de sus sueldos con un incremento anual del IPC más el 2%,

cuando según la empresa durante el último sexenio, con una inflación acumulada inferior al 20%, sus pilotos habían mejorado en un 50% su retribución media, pasando ésta de ser de 16 a 24 millones de las antiguas pesetas por año.

- Desconocada la huelga tras una negociación entre la dirección de la empresa y el sindicato de pilotos, con foto de la Ministra de Fomento incluida, en la que se pacta que la empresa no reducirá puestos de trabajo entre el colectivo de pilotos, no hay ni una sola mención en tal pacto al resto de colectivos de trabajadores, de hecho, los sindicatos mayoritarios tuvieron que pactar, por su parte, condiciones similares para el resto de colectivos.

Dos temas se nos ponen encima de la mesa: el corporativismo y los criterios para una remuneración justa.

Del primero tan solo decir que siendo legítima la organización de cualquier colectivo para defender y ensanchar sus derechos y condiciones laborales, el mal que acecha esta reivindicación reside en que se suele hacer de forma inconexa con los derechos e intereses del resto de trabajadores que pertenecen a colectivos con los que su actividad está directamente relacionada. ¿Han pensado los pilotos la cantidad de colectivos que hay implicados para que ellos se puedan sentar en una cabina de mandos y todo funcione adecuadamente? ¿es acaso su nivel de responsabilidad o de cualificación profesional un eximente de la preocupación compartida por el resto de colectivos que hacen posible su trabajo y que pueden ver en la operaciones de la empresa los mismos o mayores peligros que ellos ven al ser colectivos más vulnerables?.

El corporativismo de bajos vuelos es en el ámbito laboral primo hermano del nacionalismo reduccionista en el ámbito político porque pierden sus referentes solidarios y se convierten en formas de egoísmo colectivo. Un egoísmo al que el ciudadano cuelga el cartel de "privilegiados" porque suele surgir de entre quienes disfrutan de esa condición. Y es que la gran carencia, el gran mal de fondo que afecta a estos y a otros colectivos en mayor o menor escala, se puede sintetizar en una frase: les falta de sentido social.

El otro punto, el de la justa remuneración, es más complejo. De hecho hay gente que ha criticado las reivindicaciones de los pilotos pero ven con buenos ojos que la élite de ciertos deportes tengan una remuneraciones monetarias con dos o tres ceros más que el resto de los mortales. El tema no tiene probablemente soluciones únicas pero si conviene que descubramos dónde ponemos los acentos porque es muy revelador del tipo de economía en que creemos y, no sólo de eso, sino también de la concepción de persona que tenemos.

Hay distintos aspectos que entran en juego a la hora de plantearse cuál ha de ser una remuneración adecuada. Y ocurre que no son precisamente los criterios que más valora el mercado aquellos que necesariamente generan unas relaciones económicas más humanizadoras sino que, más bien, vienen a ser aquellos que más refuerzan los privilegios y las diferencias de capacidades con las que contamos cada uno.

Entre los criterios más valorados se encuentran:

- El poder y la capacidad de influencia.  
Basta trabajar una temporada en una



multinacional en contacto con cierto nivel dentro de la compañía para saber que hay todo un staff de consejeros y asesores, con sueldos llamativos, cuya principal aportación es el poder o bien la capacidad de acceso e influencia en las esferas de poder.

- La propiedad del capital y el aporte de recursos financieros. De todos es conocido que hay muchas fórmulas empresariales que tienen como figuras legales los socios trabajadores y los socios capitalistas; estos últimos no ponen trabajo, sólo capital y son remunerados por ello.
- La propiedad de los medios materiales, esto es: maquinarias, locales, etc., con los que se desarrolla la actividad económica.
- La capacidad productiva. Habitualmente aquellos que tienen mayores habilidades manuales o intelectuales generan mayores niveles de productividad y su remuneración suele mayor que la del resto. Cuanto más produces, más ganas.
- El nivel de responsabilidad que se desempeña. A mayor nivel de responsabilidad corresponde un mayor nivel de remuneración.

Los criterios que menos se tienen en cuenta:

- La necesidad. La remuneración económica se tiende a objetivar con criterios productivistas o con niveles de cualificación vía títulos oficiales para no crear situaciones de agravio comparativo, pero se olvida que en situaciones de desigualdad en las necesidades, el agravio comparativo es la igualdad en la remuneración.
- El esfuerzo y las condiciones de trabajo asociadas a la tarea que se desarrolla. Hay quien establece de forma automática una correlación directa entre los términos “alternativo” y “refugio para vagos”, nada más lejos de lo que debe ser una propuesta que aspire a una mayor promoción integral de la persona. El esfuerzo y la dedicación son dos valores que dicen mucho de la dignidad de quien realiza una tarea, pero para quie-

nes suelen desconfiar y se sienten muy sacrificados desde una posición de confort, decirles que tampoco son esfuerzos de la misma categoría el realizado para sobrevivir económicamente hablando y el realizado para multiplicar el confort y el nivel de seguridad ya alcanzado. La falta de experiencia en el esfuerzo vivido en condiciones adversas es muchas veces clave para no entender la profundidad de este punto.

- El sentido social, que en el aspecto que estamos abordando lo concretaría en la capacidad de crear un ámbito de trabajo humanizador, y en que no podemos tomar como referencia salarial a los que más ganan sino, precisamente, a los que menos, porque las exigencias de justicia me remiten primeramente a éstos y no a aquéllos. Es por este sentido social y, porque daña a la persona, que no podemos justificar el cobro de sumas ingentes de dinero por parte de ningún trabajador, por mucha que sea productividad o por muchas obras de caridad que se hagan como veremos a continuación.

En definitiva, en el ámbito de la remuneración económica se siguen unos criterios cuyo esquema es ya conocidos por todos: ser fuertes con los débiles y débiles con los fuertes, pedir mayor virtud a quienes más necesidad y menos capacidades económicas tienen, favorecer los procesos de distanciamiento social en vez de convergencia real expresada también en las capacidades económicas.... Pero la vida laboral, si es larga, da para mucho. Da para saber que somos poder y debilidad, individuos y grupo, competencia y cooperación, capacidad y necesidad. Hacer que la lógica de la remuneración pivote permanentemente en torno al poder, la propiedad y la capacidad es en esencia excluyente de los débiles. Lo que hoy hace falta son experiencias que pongan ese poder, propiedad y capacidad al servicio del bien común sabiendo que esfuerzo, necesidad y sentido social son también carne de nuestra carne y huesos de nuestros huesos.

Mas todo esto que dicho así puede sonar bien en algún oído y, por supuesto, rechinar

en otros muchos, reivindica un cambio profundo de la lógica económica, y a eso quisiera dedicar la segunda parte de esta reflexión, no sin antes recalcar el mensaje de que todos necesitamos más sentido social y menos aferrarnos a nuestros privilegios, que hemos de aprender que la remuneración no sólo es económica, y pobre desdichado aquel que crea que todo se reduce a una nómina; y, por último, que aprendamos que nuestra dignidad laboral está más íntimamente ligada de lo que sospechamos al último de los trabajadores, al que menos poder, propiedad y capacidad tiene de nuestra empresa y, más aún, de nuestro mundo.

### **Cambiar la lógica económica**

Hay muchos hilos de la vida económica que cuando se tira de ellos para intentar transformarla en claves más humanizadoras te llevan a la necesidad de un cambio de la lógica económica. Cuando esto pasa lo primero que ocurre es que uno se siente ante un gigante y piensa que no es realista seguir por esos derroteros, pero no es así, precisamente porque es realista ha llegado a sentirse frente al gigante. Otra cosa es cómo enfrentarse a él, hacerlo de frente (purismos) y solos, eso ya si que es de "quijotes".

El cambio de la lógica económica no tiene una vía única, ni una concreción única; tiene muchos rostros, muchas iniciativas y muchos estadios que van madurando con el tiempo. Hoy en día la palabra alternativa se escribe con convicción y con humildad, con arrojo y con prudencia, con fortaleza y con necesidad del otro. Sin embargo, no es oro todo lo que reluce.

Hay dinámicas que se revisten con buenas apariencias pero en el fondo refuerzan la lógica económica existente y, entre ellas, me tengo que detener, como ejemplo, en los grandes acontecimientos filantrópicos a los que hemos asistido últimamente. Me refiero al hecho de que se concediera el Premio Príncipe de Asturias a la Concordia a la fundación que presiden Bill y Melinda Gates, dedicada principalmente a aspectos de Salud Global y Educación. Y como no, a la más reciente donación a dicha fundación por parte de Warren Buffet, el segundo hombre más

rico del mundo después del propio Bill Gates, de unos 37.000 millones de \$ a dicha institución de modo que ya cuenta con un capital de unos 60.000 millones de \$, esto supera el PIB de países enteros como Kenya o simplemente es casi 20 veces el presupuesto de la ONU para el bienio 2004-2005.

Hay quien encuentra en esos actos un ejemplo de generosidad digna de todo elogio, pero hay otros que somos un poco "cascarrabias" y que este tipo de cosas no nos crean más que rebeldía porque lo sustancial, el meollo, de todo este sistema que genera desigualdades globales no se ve cuestionando en lo más mínimo, es más, si se me apura diría que sale claramente reforzado.

A finales de los setenta las cosas eran más claras, las grandes fortunas, los grandes imperios económicos buscaban formas de eludir tasas impositivas y de aumentar a corto plazo sus beneficios. Algunas de sus estrategias son por todos conocidas: creación de zonas francas de importación (maquilas) para producir con menos tasas, trabas sindicales y aranceles; la especulación financiera para cambiar artificialmente el valor de las cosas y del propio dinero de modo que sin producir nada conseguían beneficios que la economía productiva jamás les podía dar a tan corto plazo; la consolidación de los paraísos fiscales donde poder evitar la tributación; la creación de fundaciones, en EE.UU. por decenas miles, como fórmula legal para evitar también tributaciones relacionadas con el tema de las herencias, etc. Hay todo un repertorio de buenas ideas para inversores sin escrúpulos.

En aquella época los grandes filántropos cedían sus fortunas después de morir, en buena medida como si de su última jugada como hábiles hombres de negocios se tratara. Pero ahora asistimos al reconocimiento en vida de esos gestos tan "caritativos" llevados a cabo no sólo por grandes magnates de las finanzas, sino también por actores, cantantes multimillonarios, reyes, etc. Hay quien dice que mejor es eso que les dé por gastárselo en otras cosas, y llevan razón una parte de razón, pero quisiera dar un par de pinceladas para dibujar un marco de la lógica que preconiza este tipo de actos y lanzar una conclusión que adelanto al lector: la filantropía

está sirviendo para distanciar cada vez más el mundo de la economía del mundo de la auténtica solidaridad.

Hay una pregunta a la que todavía no he encontrado una respuesta convincente en esto de los grandes donativos y que para mí es clave a la hora de mantener una postura crítica ante este tipo de actos. ¿Por qué se hace la beneficencia vía fundación y no se hace generando unas relaciones laborales más dignas, unos precios menos abusivos, en definitiva, vía una realidad económica más democrática y autogestionada? ¿Quizá porque la incoherencia de lógicas les llevaría a tener que desmontar los imperios económicos que han creado? ¿Por qué fuera de la economía y vía donación individual? ¿Por qué se concede el Premio Príncipe de Asturias a Bill Gates y su esposa y no a todos los trabajadores de Microsoft que le han hecho posible el imperio económico en que viven, y lo mismo para mi estimado señor Warren?.

En la forma neoliberal de concebir la economía, el mercado regulado por una mano invisible (la de las grandes corporaciones añadiría yo) no admite ningún tipo de intervención externa que regule o perturbe su libre funcionamiento. Por supuesto, la solidaridad reducida a beneficencia o filantropía es aceptable sólo en la medida en que no interfiera, aunque en el caso de Warren no sé si no le regañarán un poco porque al anunciar su decisión filantrópica sus acciones cayeron algo más de un 1%. El caso es que los economistas no han concedido un hueco a la solidaridad en el seno de sus teorías económicas y, a menudo, ocurre que las asociaciones de carácter ético-religioso han hecho un planteamiento de la solidaridad muchas veces desvinculado de su inserción en la economía. Más bien se puede decir que han sido supervisores del caminar de la economía con una serie de criterios desde los que juzgarla, pero sin entrar en ella para luchar por ponerlos en marcha desde dentro de la propia economía.

Romper estas distancias es vital hoy para poder avanzar hacia un planteamiento económico alternativo, porque la dinámica que existe es muy clara: la economía hace y deshace en su ciclo de producción, distribución,

consumo y acumulación y, después, la solidaridad “desvirtuada” va a reparar los huecos y problemas que esa dinámica económica ha generado.

Para dar pasos hacia esa ruptura, un buen punto de arranque sería ver cómo vivimos y cómo podríamos introducir y potenciar la solidaridad en cada uno de los factores económicos que determinan cualquier realidad empresarial. Esto nos pegaría a la realidad económica y nos pondría en claves de ser más realistas en su transformación. Los factores a que me refiero son :

- La fuerza de trabajo que es la aportación de los trabajadores con su esfuerzo y profesionalidad.

- La propiedad de los medios materiales: locales, tierras, maquinarias, etc.

- La tecnología, entendida como saber hacer.

- La forma de financiación.

- La forma de gestión, que implica la toma de decisiones.

- El proceso de promoción personal y asociativa de todos los implicados en la iniciativa económica.

El capitalismo generó una lógica basada en el desarrollo de dos de los seis ingredientes: la financiación (capital) y la propiedad de los medios de producción.

El socialismo real con sus sistemas de planificación y su tecnoburocracia asentó su lógica en otros dos factores distintos: tecnología y gestión.

Ambas realidades económicas tienen la misma carencia en su lógica, les falta apostar por el alma, por el sujeto protagonista de toda experiencia económica: el trabajador. Una economía que quiera ser alternativa no puede construirse nunca menospreciando los dos elementos hasta ahora más olvidados: el trabajador, y su proceso de promoción personal y asociativa.

Éste es el reto para que una empresa o iniciativa sea realmente solidaria en su vida interna, que llegue a serlo en cada una de sus partes. Que lo sean sus trabajadores; que en sus manos estén los medios materiales; que el conocimiento sea compartido anteponiendo la cooperación a la competitividad; que la financiación se fundamente en el

apoyo mutuo, en garantías cruzadas, en cooperativas de crédito...; que las decisiones sean tomadas de forma autogestionaria; que los vínculos no sólo sean productivos sino humanizadores. Hacia esto hay que tender de puertas hacia dentro y de puertas hacia fuera toda iniciativa económica tiene una profunda dimensión social a la que responder y que en buena medida le da sentido.

Una economía que quiera ser social tiene que crear sociedad y no sólo utilidades económicas; tiene que estar comprometida no sólo con los derechos laborales sino con la justicia social; tiene que tener un planteamiento local pero también como referente al Sur; tiene que ser fuerte internamente pero también compartir su realidad, su experiencia y sentirse necesitado y apoyado por otros que están también en el mismo camino y con los que hay que hacer red de apoyo mutuo.

Son estas realidades tan concretas y tan propiamente económicas las que hay que revisar desde dentro de la economía. El segundo paso, la revisión desde fuera de la misma, es también fundamental pero no me quiero detenerme en él en este momento. Creo que hay que ver después de cada ejercicio económico en qué hemos crecido: ¿en capital?, ¿en saber hacer?, ¿en autogestión?, ¿en poder?, ¿en confianza, en solidaridad y en apoyo mutuo? ¿En nada de todo esto, o en todo ello? Y aquello en lo que hemos crecido hay que ver cómo nos permite

dar pasos para consolidar o incorporar el componente solidario en los aspectos que más lo reclaman.

Si la economía quiere funcionar con dinámica propia al margen de la solidaridad, de lo social, de lo cultural, de los demás aspectos de la vida, pierde su sentido, se pervierte y se convierte en instrumento de opresión, en un instrumento sin salida.

Así pues, rompamos la lógica que separa economía de solidaridad, que olvida a la persona humana como sujeto protagonista y destinatario del quehacer económico.

Espero que estas últimas reflexiones hayan dejado claro que por mi parte no hay una animadversión especial ni hacia los Gates, ni hacia Warren. Curiosamente, ayer escuchaba un programa sobre las reformas en los monasterios donde vivieron gentes con grandes virtudes, y era llamativo cómo la combinación de trabajo y austeridad, a pesar del reparto a los pobres, siempre iba dejando un remanente que tendía a acomodar a la comunidad religiosa y, así, el Cluny da paso al Cister cuando aquél empezó a acumular riquezas, y a lo largo de la historia los órdenes religiosos han ido sufriendo reformas sucesivas intentando recuperar el espíritu de austeridad original. Pues bien, el capitalismo lo llevamos todos dentro, unos lo han descubierto, otros se resisten a ello un poco más, o se conocen menos a sí mismos, me estoy acordando de la famosa frase de Zapatero al

ganar las elecciones: "El poder no me va a cambiar". Pero lo queramos o no, el capitalismo es compañero y adversario de camino.

Nos es difícil caminar por la vida sin red, pocos son los que voluntariamente se suben al alambre y, menos aún, los que lo hacen sin red. Pero aún con todos esos miedos y condicionantes estamos llamados a ser protagonistas de nuestra propia vida y de la historia, y a hacerlo en claves liberadoras.

JOAQUÍN GARCÍA  
jgpitu@mi.madridtel.es

